

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 29 DE NOVIEMBRE DE 1908

NÚMERO 43



LUISITO

CONCLUSIÓN

Volvió á llorar amargamente, hasta que se le ocurrió utilizar un zapato, con lo cual quedó solucionado el conflicto. Empezó su trabajo, y cuando el sol iba á ocultarse detrás de las montañas, se sintió ren-

dido de cansancio y vió con desconsuelo que el tonel estaba vacío y completamente seco.

A la sorpresa sucedió la rabia. Haciendo un gran esfuerzo empujó el tonel y lo echó al río, inclinándolo de un lado para que el agua penetrara dentro.

‘Esfuerzo inútil; el agua saltaba por encima y el tonel flotaba siempre seco.

Ya no podía más, su carita parecía una amapola y su respiración era cada vez más fatigosa.

Se sentó sobre una piedra, reteniendo con ambas manos el tonel para que no le arrastrara la corriente. Lo miraba fascinado, sin poder cerrar los ojos, viendo pasar en su fondo, como en una linterna mágica, todo lo que le había sucedido aquel día.

Vió primero que para jugar había tirado infinidad de manzanas, con las cuales hubiera podido socorrer á varios pobres; vió á muchos pescadores que volvían tristes sin un céntimo para comprar pan, porque él había ahuyentado las truchas que ellos hubieran pescado para venderlas en los pueblos cercanos. Vió que, por vengarse de las justas advertencias de la viejecita, le había negado un poco de agua y, por último, la había maltratado.

Se avergonzó de su conducta; la desesperación se trocó en un verdadero arrepentimiento, y de sus hermosos ojos salió un raudal de lágrimas, yendo una de ellas á caer dentro del tonel, que se llenó instantáneamente de un agua fresca y cristalina que exhalaba un delicioso aroma, al mismo tiempo que se sentía libre de las ligaduras invisibles que le retenían á la orilla del río.

Como Luisito, todos, grandes y pequeños, tenemos momentos malos en la vida, y á todos, como á él, se nos aparece una viejecita que se llama conciencia, y que nos advierte las consecuencias que irremediablemente han de tener nuestras malas obras.

Si oímos sus consejos y dominamos nuestras inclinaciones, nos premia con una paz interna mucho más dulce que todas las delicias del mundo; pero si nos obstinamos en no escucharla, el castigo que nos impone es terrible, es mucho más doloroso que todas las enfermedades corporales reunidas. Su nombre es remordimiento; vive en estrecha unión con ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios é ignoran-

tes; sólo tiene un enemigo irreconciliable con el que no puede permanecer un segundo: es el arrepentimiento.

Si le dejamos penetrar en nuestro corazón y posesionarse de él, es seguro que el remordimiento huirá en aquel mismo instante devolviéndonos la tranquilidad perdida.

MARÍA DE PERALES.





EL AGUA

De todos los elementos que hay en la superficie de la tierra es el agua uno de los más comunes y de los que hay en mayor cantidad. Es un cuerpo incoloro, inodoro é insípido, y en estado líquido forma los mares, ríos, lagos, etc.; en estado sólido constituye la nieve y el hielo, en estado de vapor visible compone las nubes y la niebla que se ven en la atmósfera y, por último, en estado de vapor invisible está siempre en el aire en mayor ó menor cantidad. Químicamente considerada, el agua es protóxido de hidrógeno.

La natural no es pura, sino que en una ú otra proporción siempre va acompañada de materias extrañas que en ella están disueltas. Antes he dicho que es incolora, y esto es cierto cuando está en pequeñas masas; pero si se trata de lagos, mares y aun ríos anchos, se ve que tiene un color azul ó verde, que algunos sabios opinan procede de las materias que tiene en suspensión. A la presión normal el agua hierve á los cien grados. A cero grados se solidifica, y entonces aumenta de volumen de una manera notable, supuesto que cien volúmenes de agua á cero grados dan 109,08 volúmenes de hielo. De esta dilatación del agua al helarse provienen las precauciones que se deben tomar en invierno en los países fríos para evitar la rotura de las cañerías, dado que si se hiela el agua que contienen, como aumenta de volumen, las rompe sin remedio.

Si se enfría el agua de modo que no tenga la menor agitación en su

superficie, puede conseguirse que llegue, sin helarse, á temperaturas bastante inferiores á cero grados; pero en este caso el más pequeño movimiento bastará para producir la congelación total.

El agua se evapora á la temperatura del ambiente, y aun el mismo hielo emite vapor de agua de su superficie.

Hay un refrán que dice: «El agua, sin olor, color ni sabor y hala de ver el sol», y significa que para que sea potable debe reunir esas condiciones, principalmente las primeras, pues en cuanto á la de que conviene que la vea el sol no está tan dentro de las reglas de higiene. Así, son preferidas para beber las aguas subterráneas, que, como es lógico, han sufrido una filtración á través de las capas superficiales de la tierra, y están protegidas por esas mismas capas del libre acceso de las aguas de lluvia ó de las que hay en la superficie del terreno.

Estas se utilizan como potables con mucha menos frecuencia, porque estando en contacto con una porción de cosas que las inficionan, no reúnen tantas condiciones de higiene como las subterráneas.

Varias son las que debe tener el agua potable: será clara, incolora é inodora, y no adquirirá olor aun cuando se la caliente; tendrá un sabor ligeramente fresco, debido á la presencia del ácido carbónico libre; estará exenta de amoníaco, nitritos, sulfhídrico y materias viscosas; no contendrá metales pesados, á excepción de indicios de hierro; el residuo total de la evaporación de un litro de agua no debe pesar mucho más de 0,05 gramos.

El agua constituye un alimento esencial para la vida de las células que componen nuestro organismo y un disolvente de las impurezas que obstruyen nuestra piel; así que tan necesaria es para beber como para la limpieza corporal.

Antes se ha dicho que el agua natural no suele ser pura, por lo que se hace preciso, para beberla, quitarla aquellos elementos ajenos á ella que pueden ser dañinos. El procedimiento más primitivo consiste en hervirla; hay otros que se fundan en el principio de añadirle sustancias químicas que contribuyan á su purificación, pero lo más usual es el empleo de los filtros, cuyo objeto es, no sólo el de quitarla impurezas, sino también bacterias que llevan en sí el germen de enfermedades. Hay muchísimos sistemas de filtros, y todos tienen una base que les es común, puesto que con ellos se trata de que el agua quede limpia al pasar á través de cuerpos porosos.

El agua de lluvia que absorbe el terreno se deposita en cuanto encuentra uno impermeable, es decir, que no permite su filtración; de aquí provienen las fuentes y también las aguas que se encuentran en los pozos.

Es asimismo posible encontrar el agua á profundidades bastante considerables por medio de los pozos artesianos, en los cuales se perforan las distintas capas de terreno por medio de tubos sondas, hasta que se encuentra la vena de agua.

JUAN ANTON.



LAS BONDADES DE NINI

III

Ave María Purísima! ¡Qué susto tan atroz! ¡Empezó á salir un humo muy grande de mi vestido y de lo otro que cogí para agarrar la plancha!

Como yo no sabía qué era aquéllo, empecé á gritar, y vinieron mamá y las criadas.

¡Jesús y qué gritos empezaron á dar al ver el humo! Yo me asusté muchísimo.

El caso es que había pasado una cosa que no sé cómo pasó.

Mi vestido se había puesto así de un color como las gallinas asadas, y aquello con que yo cogí la plancha resultó que era una blusa de seda de mamá, y, ¡horror!, estaba llena de agujeros.

—En castigo, Nini—dijo mamá,—no te haré ningún vestido bonito ya, y saldrás á paseo con los delantales.

—¡No quiero! ¡No quiero!—dije.—¡Hazme un traje!

—¡De ninguna manera! ¡Es preciso castigar á esta niña mala!

—¡Peso si no soy mala! ¡Si es que me dijo el abuelito que te ayudase!

Y empecé á rabiar y á patalear como cualquiera hubiera hecho en mi lugar, porque eso de ayudar y que encima castiguen no está bien.

Mamá estaba muy disgustada, y yo me quedé con la mar de rabia. El único que se reía era el abuelo.

—¿Por qué pones ese hociquito, Nini?—me preguntó.

—Pues porque mamá me ha reñido, y además no me va á hacer traje para salir, y tú eres el que debes ir á la calle con delantal, porque tú fuiste el que me dijo que ayudase á mamá.

—¡Naturalmente!—contestó el abuelin,—diré eso á tu mamá y yo seré el que salga á la calle con delantal.

Ayuntamiento de Madrid

En esto entró el otro abuelín, y después de rapiñarle los bombones y caramelos de los bolsillos, le conté todito lo que había ocurrido, y lo que yo no sabía decir lo decía mi abuelito.

—Pues no hay que acobardarse por ese fracaso, Niní—dijo el abuelo dulce.—Eso es una pequeñez que no debe impresionar á una niña tan valiente como tú. ¡Adelante, Niní! ¡Sigue con la heroica tarea de ayudar á mamá para que se desenfade!

Yo no sabía qué hacer, porque los abuelitos se reían y me parecía todo una broma. Pero al fin pensé en que tenían razón y que por una cosa tan sencilla no debía yo retroceder, sino seguir ayudando hasta conseguir que mamá se desenfadase y no me dejara sin traje.

Como á todo esto ya se había hecho de noche, me acosté, haciendo propósitos de trabajo para el día siguiente. Recé mucho y, además de las oraciones que decía todas las noches, aquélla dije á la Virgen:

—Virgen, ayúdame para que siga siendo siempre tan buena como ahora; pero además para que mamá se desenfade, porque yo no soy mala y no tiene razón para regañarme.

Recé muchas Avemarías y me dormí. Bueno; pues al día siguiente me desperté, la dije á la Virgen lo mismo que la había dicho por la noche, y me vestí. Mamá continuaba con la cara muy seria, señal de que no se la había pasado lo del vestido y la blusa.

Pensando en lo que me decían los abuelitos y deseando poder decirles cuando fueran á verme que se había desenfadado mamá, ni me puse á jugar, ni nada, sino que miraba á todas partes diciendo:

—¡Pero Señor! ¿A qué ayudaría yo?

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO.

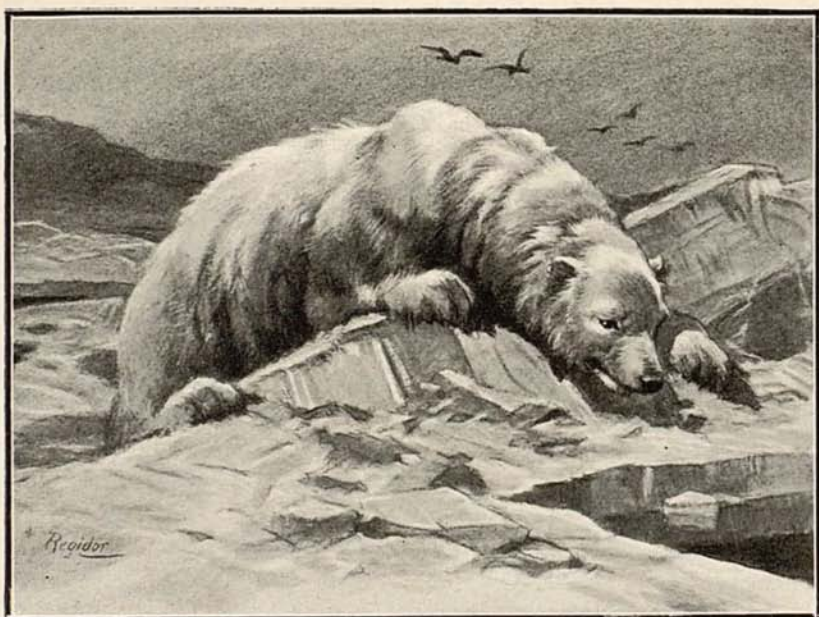




EL ZOCO DE TETUÁN

Al Norte de Marruecos y á 35 kilómetros de Ceuta, cerca del Mediterráneo, está situada la ciudad de Tetuán, la antigua *Tagali* de los romanos. Está rodeada de huertos y jardines, donde abundan los naranjos, que producen finísimo fruto. Todo su recinto está amurallado y almenado. Sus edificios no tienen nada de notable y distan bastante de los monumentos

que el genio de los árabes dejó en Córdoba y Granada. Su Albaicín ó plaza del Comercio, y su zoco ó mercado del trigo, pan y pescado, son animadísimos. Una abigarrada muchedumbre con trajes muy pintorescos acude á estos mercados, especialmente por las mañanas. La industria principal de Tetuán la constituyen las babuchas morunas.



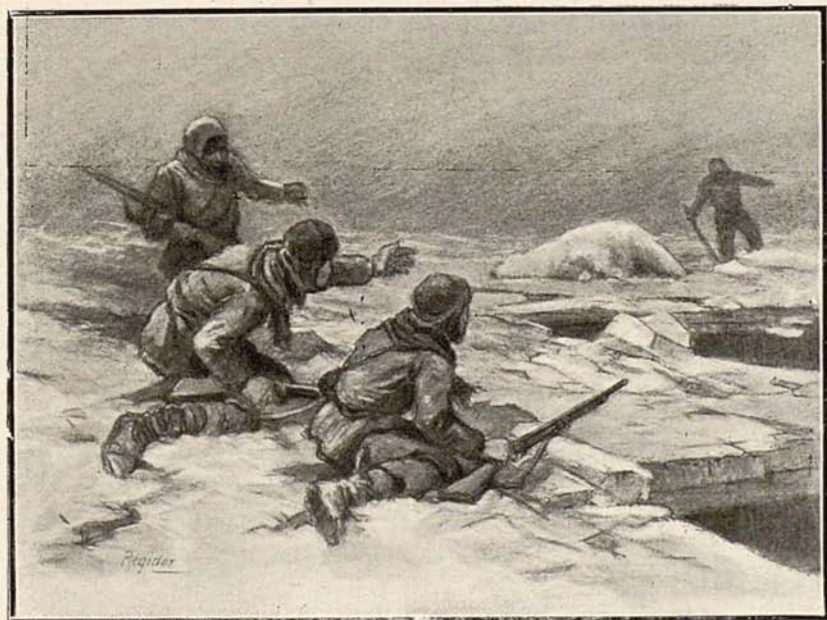
EL OSO BLANCO

Y ¿cómo murió el tío Pellica...?—preguntan á una todos los visitantes que están reunidos en la cocina de un viejo pescador de ballenas, recién vuelto de su viaje.

El *lobo de mar*, que se ve objeto de la atención universal, se tira al colete un vaso de ron, se manosea las enmarañadas barbas, pega dos ó tres chupetones á la disforme pipa y dice con la mayor prosopopeya posible:

—Fué, si mal no me acuerdo, á últimos de Agosto, cuando, estando nuestro buque sujeto entre los hielos, hartos de permanecer inactivos sobre cubierta, cogimos, con permiso del capitán, un bote y fuimos á desembarcar, no sé si decir á tierra firme ó al mismo mar, puesto que allí todo era lo mismo: hielo y nada más que hielo por todas partes. Aunque íbamos bien abrigados y con los estómagos calientes por el ron, tiritábamos como si tuviéramos alferecía, y, para recobrar el perdido calor, hubimos de retozar como cabras. Eramos cuatro: dos forasteros, buenos chicos, bravos para el trabajo y divertidos para la holganza, el pobre tío Pellica y un servidor de ustedes. Cuando estábamos más distraídos, vimos, á unos treinta pasos de nosotros, moverse un enorme oso blanco. Su cabeza era achatada; su hocico, puntiagudo; pequeñas sus orejas y corta su cola. Sin duda debía estar cazando focas cuando lo interrumpimos en su tarea. Nosotros, de parlanchines que íbamos, nos quedamos como mudos, y, si no sentimos miedo.

debió ser una cosa muy parecida. Quiso nuestra fortuna que lleváramos las carabinas, y está, unido á que el oso se dirigía á nuestro encuentro y á que el huir era imposible, nos dió la valentía de la desesperación, y disparamos... Cuando se disipó la humareda vimos al oso tambalearse, erguirse sobre sus patas traseras y caer sobre el hielo, gruñendo sordamente. Gritando de alegría, echamos á correr hacia donde el corpulento plantigrado agonizaba; pero, de pronto, ocurrió una cosa que nos llenó de pavor. Iba el tío Pellica delante de nosotros unos siete pasos, y, cuando ya estaba junto al oso, sentimos como el tabletear de un trueno, y vimos que el oso y el hombre se alejaban vertiginosamente cabaleros sobre un disforme témpano de hielo... Bajo nosotros tembló y aun crujió el helado suelo que nos mantenía, y, conocedores de la imposibilidad de auxiliar á nuestro compañero, corrimos al bote, bogamos con todas nuestras fuerzas y



llegamos al buque... Frío, muy frío estaba el ambiente; pero al echarnos jadeantes sobre cubierta, sudábamos de espanto. Las grandes masas de hielo se desmoronaban, hinchábanse espumarajeadas las aguas, y el chocar de los enormes témpanos asordaba el espacio... En cuanto al tío Pellica nadie volvió á verlo...

Termina el viejo pescador su relato, y todos los hombres se ponen tristes, y todas las mujeres lloran, y todas las bocas rezan por el pobre muerto...

José A. LUENGO.

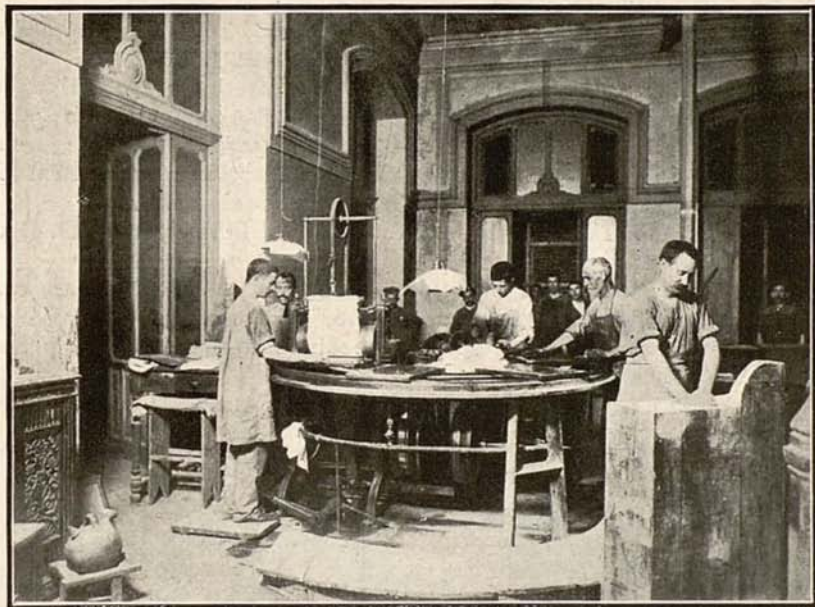


EL GRAN CAPITÁN

Gonzalito, desde el día
en que el chico averiguó
que hubo un Gonzalo de Córdoba
gran capitán español,
como él era su tocayo
y como también nació
en Córdoba, se sentía
gran capitán *de afición*.
A los ocho años cumplidos
empezó á sentir horror
á los libros y al estudio,
y sintió la vocación
de las armas con tal furia,
que era un guerrero feroz.
El sombrero de tres picos,
de papel, era el morrión,
y un *palasan* de su padre,
la espada del vencedor.
Era de ver Gonzalito
formando de dos en dos,
como aguerridos soldados,
las sillas del comedor,
poniéndose á la cabeza
de su hueste en situación
de poner cerco á una cómoda.

ó frente al aparador,
para lanzarse al asalto
y tremolar su pendón.
Otras veces transformábanse
las sillas en una atroz
emboscada de enemigos,
en que Gonzalo cayó,
y entonces era el momento
de demostrar el vigor
de su brazo contra todos
con su tizona-bastón.
Eso de estas batallas
siempre Gonzalo salió,
mas los muebles, enemigos,
iban de mal en peor.
Una noche Gonzalito,
que estaba en su habitación
pensando que conquistaba
las Indias y el Gran Mogol,
dió un salto y salió corriendo,
todo lleno de temor,
con alterado semblante
y agonizante la voz.
El gran capitán Gonzalo
había visto... ¡un ratón!

CH.



ESTAMPACIÓN CALCOGRÁFICA

CÓMO SE HACEN LOS BILLETES DE BANCO

Las maías prácticas de los Gobiernos en materia económica en los antiguos tiempos y el desgaste de la moneda que no se reacuñaba creaban graves dificultades en la vida comercial, pues producían la incertidumbre sobre el verdadero valor y ley de la moneda, y los Bancos de depósito que recibían en sus arcas monedas ó barras de oro y plata expedían resguardos de los depósitos que hacían los particulares, con lo cual desaparecían las dificultades de emplear moneda deficiente por su peso ó por su ley en la contratación, pues los resguardos ó *billetes* eran admitidos en el comercio por todo su valor, y á veces con beneficio, al que se daba el nombre de *agio*.

En cualquier tiempo se podía efectuar el cambio del resguardo por moneda de buena ley. Tal es el origen del papel moneda.

Como se ve, su valor es puramente *fiduciario*, ó sea dependiente del crédito, pues el papel que constituye el billete no tiene por sí valor real, como sucede con las monedas de oro y plata. Su valor nace de la confianza que tenemos en que el Banco que lo ha emitido nos ha de abonar el importe en moneda corriente. De las fluctuaciones que pueda tener esta confianza en el Banco nace que sus billetes se admitan á la par ó sea por todo su valor, con beneficio ó con descuento.

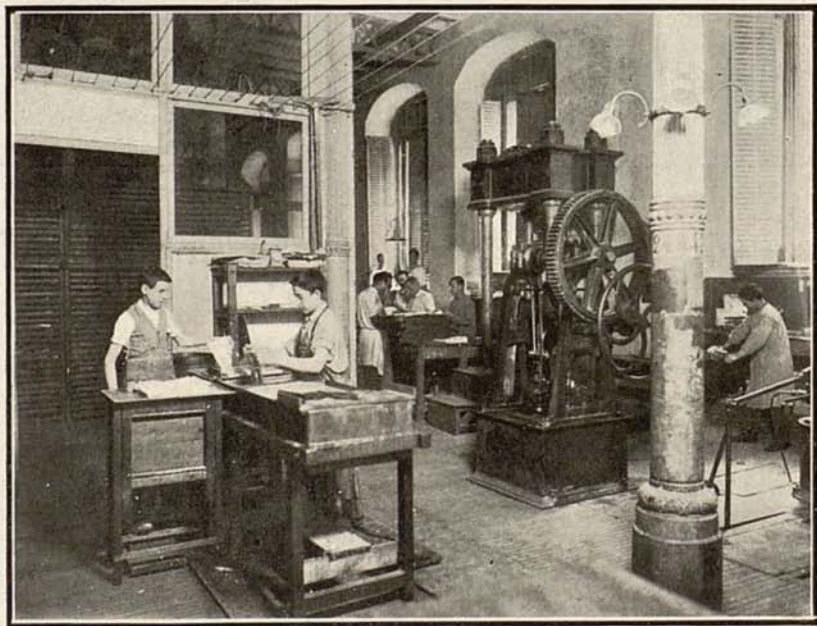
En España se declaró en 1869 libre la creación de Bancos de emisión; pero desde Marzo de 1874 se restableció la emisión fiduciaria única, y solamente el Banco de España tiene ese privilegio.

Los billetes de Banco se hacen en papel elaborado especialmente para ellos, bajo la inmediata inspección y vigilancia del Banco, y en cantidad tan determinada que desde el momento de terminarse su fabricación se abre una cuenta especial, de la que luego se abonan los trozos inutilizados rotos durante las operaciones sucesivas.

Al frente de la sección de grabado figura el ilustre artista D. Bartolomé Maura.

La estampación de los billetes se hace por el procedimiento *calcográfico*, que, aunque es bastante lento, ofrece en cambio mayores garantías de seguridad, por ser el procedimiento que menos se presta a una falsificación exacta.

Máquinas de nuevo sistema han aligerado bastante la estampación.

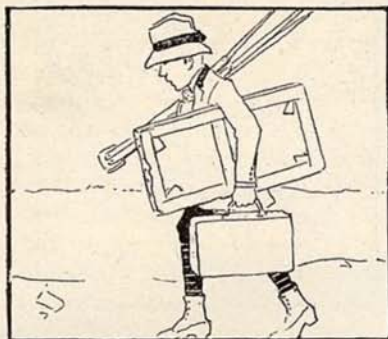


ENCOLADO Y SATINACION

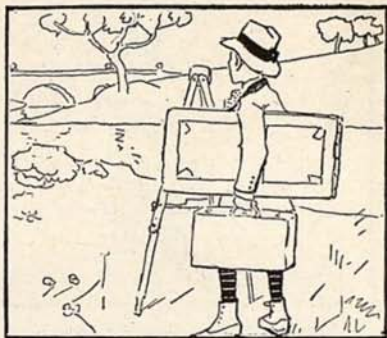
Las hojas húmedas de tinta pasan al *secadero*, habitación rodeada de amplio armazón de madera. Allí se cuelgan en travesaños de caña millares de billetes separados entre sí por tiras de papel para que no se repinten.

En la imprenta se da al billete el fondo de color, y las operaciones finales son el engomado y satinación y la numeración y encuadernación. Las firmas son el detalle que les da valor real y positivo.

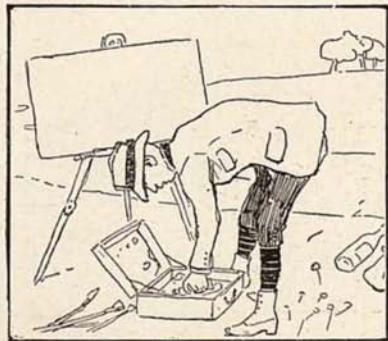
EL SUEÑO DE RAFAELITO



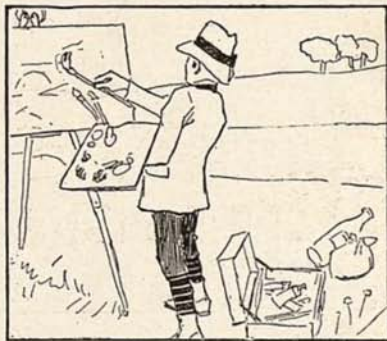
Rafaelito se sentía pintor y abrigaba el presentimiento de ser un *Rafael*, un *Rafael* modernista.



Salía al campo provisto de su caja de colores, su caballete y un bastidor regularcito.



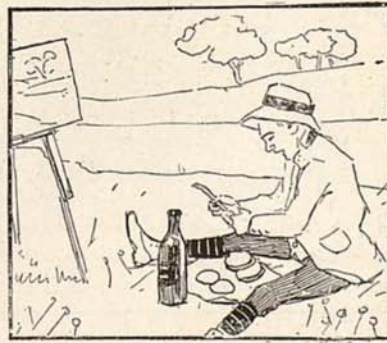
Ni corto ni perezoso, apenas encontraba un sitio *pintable*, instalaba sus trebejos y ponía manos á la obra.



En un dos por tres trasladaba al lienzo cuanto tenía delante, con cierta *libertad*, así en el dibujo como en el color.



Retirábase luego para juzgar del efecto, y se satisfacía plenamente.



Llegó la hora del *piscolabis*, parte muy importante de sus excursiones.



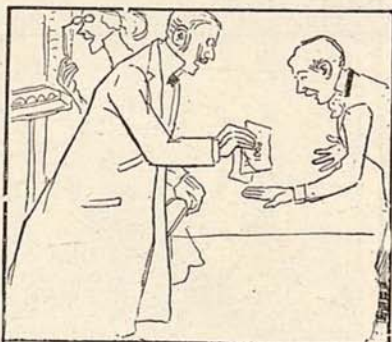
Con mayor fruición todavía apuró el contenido de una botella de vino tinto, y sintió sueño.



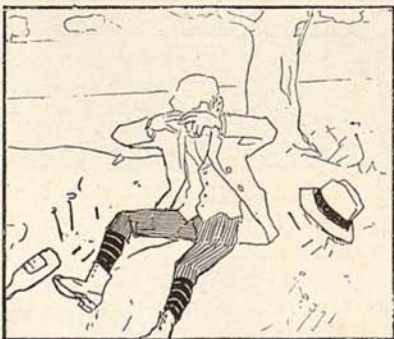
Tendióse bajo una encina á la bartola, y apenas se durmió tuvo Rafaelito uno de los sueños más deliciosos.



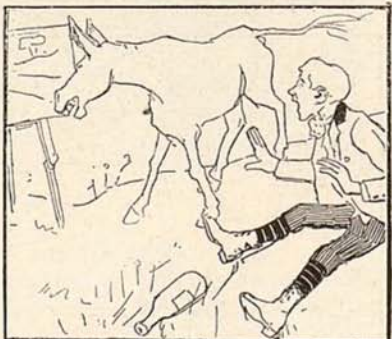
Unos opulentos extranjeros parábanse extáticos ante su lienzo y se deshacían en elogios al paisajista incomparable.



En el acto le manifestaban su deseo de adquirir aquella obra de arte, y Rafael recibía buena cantidad de billetes.



A la hora y media despertó Rafael con la impresión de su sueño tan viva, que esperaba encontrar á sus compradores.



Pero, ¡oh, dolor!, en la realidad había substituído á los opulentos compradores imaginarios, un burro real y efectivo.